

CUESTION HISTÓRICA.



La afirmar en la primera página de estos Anales que el primer obispo y arzobispo de México, Fr. Juan Zumárraga y los conquistadores y misioneros en general, destruyeron todas las escrituras y monumentos aztecas que pudieron haber á las manos, considerándolos como un obstáculo invencible para abolir la idolatría é inculcar el cristianismo á los pueblos subyugados, no creí que pesara sobre mí la responsabilidad de este aserto: suponía que era un hecho que habia pasado en autoridad de cosa juzgada, y que no necesitaba exponer las pruebas históricas que lo demuestran; pero me engañaba en esta conjetura. Una persona de grande y merecida reputacion como literato y conocedor de nuestra historia, opina que está muy léjos de haberse probado este hecho en lo que toca al Sr. Zumárraga. Debo, pues, presentar los datos que tuve presentes para hacer esta inculpacion; pero ántes advertiré, que no me mueve á esto un espíritu contencioso de controversia, sino el deseo franco y verdadero de colocarme frente á la verdad, separándome del camino del error.

Estableceré dos proposiciones para mayor claridad: 1^a Los primeros misioneros, con pocas excepciones, destruyeron todo lo que tenia relacion con el culto, la historia y las antigüedades de México. 2^a El Sr. Zumárraga tomó un participio activo en esta destruccion.

*
* *

Todos los autores que tratan de la conquista de México por los españoles, están conformes en que el celo indiscreto de los misioneros destruyó los monumentos de la antigüedad indiana. Seria inútil intentar probar que rivalizaban en esta obra de devastacion, pues basta hojear sus crónicas para convencerse de ello, y la simple relacion de estos actos ocuparia muchas páginas; pero es indispensable imponerse de algunas para conocer la pérdida irreparable que ocasionaron, y persuadirse de que á su juicio practicaban una obra meritoria y digna de alabanza.

El P. Acosta dice:¹ « En la provincia de Yucatan, donde es el Obispado que llaman de Honduras, habia unos libros de hojas, á su modo encuadernados ó plegados, en que tenían los indios sabios la distribucion de sus tiempos, y conocimiento de planetas² y animales, y otras cosas naturales y sus antiguallas; cosa de grande curiosidad y diligencia. Parecióle á un Doctrinero, que todo aquello debia ser hechizos y arte mágica, y porfió que se habian de quemar, y quemáronse aquellos libros, lo cual sintieron despues no solo los Indios, sino Españoles curiosos que deseaban saber secretos de aquella tierra. Lo mismo ha acaecido en otras cosas, que *pensando los nuestros que todo es supersticion, han perdido muchas memorias de cosas antiguas y ocultas, que pudieran no poco aprovechar.* Esto sucede de un celo necio, que *sin saber, ni aun sin querer saber las cosas de los Indios, á carga cerrada dicen, que todas son hechicerías, y que estos son todos unos borrachos, que ¿ qué pueden saber ni entender? »*

Fr. Pedro de Gante, en su carta fechada en 27 de Junio de 1529, dice:³ « Todos los domingos estos jóvenes (500 á quienes daba instruccion) salen de la ciudad y van á predicar en todo el país, á cuatro, ocho, diez, veinte y aun treinta millas para propagar la fe católica, y preparar al pueblo, con sus instrucciones, para recibir el bautismo. Viajamos tambien con ellos *para derribar los ídolos. Mientras que nosotros destruimos los templos en un país, ellos los destruyen en otros, y elevamos iglesias al verdadero Dios. En estas ocupaciones empleamos nuestro tiempo, etc.* »

Nuestro sabio compatriota el jesuita Clavijero, hablando de la pintura entre los aztecas, dice:⁴ « De toda esta clase de pinturas estaba lleno el imperio mexicano, pues eran innumerables los pintores, y no habia objeto alguno que no representasen. *Si se hubieran conservado, nada se ignoraria de la historia de México: mas los primeros predicadores del Evangelio, sospechando que hubiese en ellas figuras supersticiosas, las persiguieron con furor. De todas las que pudieron haber á las manos en Tezcuco, donde estaba la principal escuela de pintura, hicieron en la plaza del mercado, tan crecido rímulo, que parecia un monte, y le pegaron fuego, quedando sepultada entre aquellas cenizas la memoria de muchos importantes sucesos.* La pérdida de tantos preciosos monumentos de su antigüedad, fué amargamente deplorada por los Indios, y aun los mismos autores del incendio se arrepintieron, cuando echaron de ver el desacierto que habian cometido: pero procuraron remediar el daño, ora informándose verbalmente de los mismos habitantes, ora buscando las pinturas que se habian escapado de sus primeras investigaciones, y aunque recogieron muchas, no fueron tantas cuantas se necesitaban, porque los que las poseían las ocultaban con empeño de los Españoles, y no se deshacian de ellas tan fácilmente. »

Es curiosa é instructiva la relacion que hace el Sr. D. Lucas Alaman de la destruccion de los ídolos y de los templos en que se les tributaba adoracion, tomada de las antiguas historias de los misioneros.⁵ « Comenzaron, dice, el año de 1525, quemando, en el pri-

¹ Historia natural y moral de las Indias, por el P. Joseph de Acosta, de la Compañía de Jesus. Madrid, 1792. Tom. 2, pág. 104.

² Probablemente plantas.

³ Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique, publiés par H. Ternaux-Compans. Paris, M.DCCCXXXVIII. Tom. 10, pág. 201.

⁴ Historia antigua de México, sacada de los mejores historiadores españoles, de los manuscritos y de las pinturas antiguas de los Indios, por D. Francisco S. Clavijero. Lóndres, 1826. Tomo I, pág. 367.

⁵ Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana, por D. Lucas Alaman. México, 1844. Tom. 2, pág. 152.

« mer día de él, el templo mayor de Tezcucó que era de los más hermosos, queriendo que
 « así como la redención del género humano había tenido principio en aquel día con la cir-
 « cuncion del hijo de Dios, así lo tuviese la regeneración del país recién conquistado, con
 « la destrucción de uno de los más famosos templos de su idolatría. Grande fué la sensa-
 « cion que tal acto causó en los indios, quienes con grandes gritos y muchas lágrimas ma-
 « nifestaban el dolor que les causaba la ruina de aquel monumento; pero los misioneros fir-
 « mes en su propósito y auxiliados por la autoridad y poder de Cortés, tan celoso en este
 « punto como los misioneros mismos, llevaron adelante su empresa. Estos actos solian
 « hacerse de una manera pomposa: los religiosos acompañados de los niños de las escuelas
 « y de los catecúmenos más instruidos, celebraban misa en público con la mayor solemnidad
 « que podian, y concluido el Santo sacrificio, iban en procesion al paraje en donde se
 « habían reunido los ídolos y otros objetos de la superstición de los naturales, y cantando
 « el salmo 113, se efectuaba prácticamente sobre los ídolos el contenido de cada versículo.
 « Nuestro Dios reside en el cielo: todo está sujeto á su voluntad. Los simulacros de las
 « gentes son oro y plata, obra de la mano de los hombres. Tienen boca y no hablarán,
 « tienen ojos y no verán. Tienen oídos y no oirán, tienen narices y no olerán. El marti-
 « llo del misionero hacia entónces pedazos aquellos miembros del ídolo cuya inutilidad ha-
 « bía cantado el Profeta real, y los muchachos de la escuela después de la ceremonia, con
 « grita y algazara insultaban los restos mutilados del simulacro, que por tantos siglos ha-
 « bían adorado sus abuelos.

« *Por desgracia los misioneros confundieron con los objetos del culto idolátrico todos los
 « geroglíficos cronológicos é históricos, y en una misma hoguera se consumía el ídolo ante
 « quien se habían presentado en sacrificio los corazones humeantes de los hombres, y el ma-
 « nuscrito precioso que contenía los anales de la nación desde su inmigración del Norte
 « del Asia.*

« *Así fueron entregados á las llamas los archivos de Tezcucó, con gran pesar de los in-
 « dios instruidos que sabían la significación de aquellas figuras misteriosas. Los misione-
 « ros conocieron más tarde el mal que habían causado y trataron de repararlo, recogiendo
 « todas las noticias y tradiciones que les fué posible, y conservando los manuscritos que es-
 « caparon á los primeros incendios; y á estos trabajos literarios que emprendieron para
 « formar la historia de todas las naciones de América en que ejercieron su ministerio, de-
 « bemos los conocimientos que acerca de ellos tenemos, y de la legislación, usos y costum-
 « bres de aquellos pueblos.»*

Estas palabras del Sr. Alaman nos representan fielmente el espíritu que animaba á los misioneros destinados para la conversión de los habitantes del Nuevo Mundo. En esta obra de devastación no son solo ellos responsables, pues Izcóhuatl, cuarto rey de México, se había ya anticipado. « En su época, dice el P. Sahagún,¹ se quemaron las pinturas: los señores y principales que había entónces, acordaron y mandaron que se quemasen todas, porque no viniesen á manos del vulgo, y fuesen menospreciadas. » Tal vez, como opina el abate Brasseur de Bourbourg, quisieron borrar la memoria de sus humillaciones pasadas, y aniquilar las glorias de los pueblos á los cuales sucedían.

Inculpa también, el Sr. Alaman, á la generación actual por no haber sabido conservar documentos interesantes depositados en los archivos nacionales, y este reproche me parece justificado, pues hasta cierto punto, se ha visto con negligencia y abandono lo relativo

¹ Historia general de las cosas de Nueva España, por el P. Fr. Bernardino de Sahagún. México, 1830. Tom. 3, lib. 10, cap. 29.

á nuestra arqueología é historia, como lo comprueba la desaparicion, entre otras várias, de las célebres colecciones de Boturini y Gama.

Es un deber de justicia reconocer que si los misioneros destruyeron los documentos primitivos de la historia mexicana, lo hicieron por ignorancia, confundiendo lo que podia ser contrario á sus miras con lo realmente útil; mas atenúa la falta su ardiente celo cristiano, y su paternal amor á los indios de quienes fueron siempre enérgicos y constantes defensores. Por otra parte, si hicieron un mal que no fué á sabiendas, procuraron repararlo hasta donde les fué posible: además de doctrinar á los indios, los instruyeron en todas las artes y oficios de su tiempo, distinguiéndose especialmente Sahagun, Torquemada, Motolinía, Mendieta, Gante, Las Casas y otros mil, bien conocidos por sus obras.

El Obispo y Arzobispo primero de México, Fr. Juan de Zumárraga, del Orden de San Francisco, nació en Durango de Vizcaya el año de 1468. En 1527 fué nombrado obispo de México, donde murió en 1548 á la edad de ochenta años. Era un varon de gran virtud, enérgico, humilde y acérrimo defensor de los indios, cuyos derechos defendió en la corte de España; su muerte fué universalmente sentida en México, principalmente por los indígenas, para quienes fué un verdadero padre. Grandes fueron sus virtudes y grande el celo apostólico que mostró en el ejercicio de sus funciones eclesiásticas; pero esto no quiere decir que estuviese exento de las ideas y preocupaciones de su época, y que se librase del influjo, que naturalmente debia ejercer sobre él, la opinion unánime de los misioneros, sobre los medios que juzgaron más á propósito para hacer olvidar á los mexicanos sus antiguas creencias.

Si se consulta la historia de la conquista de México, se encontrará repetidas ocasiones citado el nombre del Sr. Zumárraga como uno de los principales agentes de la destruccion emprendida.

Robertson dice:¹ « La obscuridad en la cual la ignorancia de los conquistadores ha dejado los anales de este país se ha aumentado aun por la supersticion de sus sucesores. « Como el recuerdo de lo pasado era conservado entre los Mexicanos por figuras pintadas, « sobre pieles, sobre telas de algodón, sobre cortezas de árboles, los primeros misioneros, « incapaces para entender la significacion de estas figuras y sorprendidos de su singularidad, « las consideraron como monumentos de idolatría que era necesario destruir para facilitar « la conversion de los indios. *Para obedecer una orden de Juan de Zumárraga, fraile franciscano, primer obispo de México, todas estas pinturas fueron reunidas y arrojadas al fuego.* « Este celo fanático de los primeros frailes que se establecieron en la Nueva-España, y « cuyos efectos deploraron bien pronto los mismos españoles, destruyó enteramente estos « monumentos que podion conservar algunos indicios de los sucesos y del estado antiguo « del imperio; no habiendo quedado sino lo que ha conservado la tradicion y algunas de « estas pinturas que escaparon á las investigaciones de Zumárraga. »

Prescott, dice:² « A la llegada de los españoles en México habia en el país gran copia de « estos manuscritos. Un número considerable de personas se ocupaban en escribirlos con

1 Œuvres complètes de W. Robertson. Paris, M.DCCCXXXVI. Tom. 2, pág. 690.

2 Historia de la Conquista de México, por W. Prescott. México, 1844. Tom. 1, pág. 70.

« una habilidad que excitó el asombro de los conquistadores: desgraciadamente este sentimiento estaba mezclado con otros más bastardos. Los raros y desconocidos caracteres de los manuscritos, despertaron las sospechas de los españoles, que los consideraron como símbolos mágicos, y tanto en ellos como en los ídolos y templos, creyeron ver rastros de una abominable superstición que debía ser desarraigada. *El primer arzobispo de México, D. Juan Zumárraga*, cuyo nombre debe ser tan inmortal como el de Omar, recogió de cuantas partes pudo estas pinturas, y principalmente de Tezcuco, la más civilizada Capital de Anáhuac, y el gran depósito de los archivos nacionales. Ya que estaban juntos, *mandó apilarlos y formar con ellos un monte, como dicen los mismos escritores españoles, y en la plaza del mercado de Tlaltelolco, los redujo todos á cenizas*. Su gran compatriota el cardenal Jimenez, había celebrado en Granada cosa de veinte años ántes, un auto de fé parecido á este, con los manuscritos arábigos. ¡Jamás ha obtenido el fanatismo dos triunfos más esplendidos que *aniquilaron muchos de los más curiosos monumentos* de la cultura y del saber humano!

« La soldadesca ignorante, no tardó mucho en imitar el ejemplo de su prelado: cuanto manuscrito caía en sus manos era rápidamente destruido; por manera que cuando los literatos de una edad más posterior y más ilustrada quisieron recoger algunas de esas reliquias de la civilización nacional, se encontraron con que casi todos habían perecido, y que las pocas que aún quedaban, eran celosamente ocultadas por los indios.»

Clavigero, dice:¹ « Subsisten todavía los famosos templos de Teotihuacan, á 3 millas al Norte de aquel pueblo, y á más de 20 de México. Estos vastos edificios, que sirvieron de modelo á los demás templos de aquel país, estaban consagrados, uno al sol y otro á la luna, representados en dos ídolos de enorme tamaño, hechos de piedra, y cubiertos de oro. El del sol tenía una gran concavidad en el pecho, y en ella la imagen de aquel planeta, de oro finísimo. Los conquistadores se aprovecharon del metal, y los ídolos fueron hechos pedazos, *por orden del primer obispo de México*: pero los fragmentos se conservaron hasta fin del siglo pasado y aún quizás hay algunos todavía.»

Ternaux-Compans, dice:² « *Se ha reprochado á Zumárraga y á los misioneros de su tiempo, la destruccion de todos los manuscritos mexicanos*. Sin duda causaron á la ciencia una pérdida irreparable; pero es necesario no olvidar, que su gran negocio era la propagación de la religión cristiana, y ellos consideraban como un deber destruir todo lo que podía recordarles sus antiguas creencias.»

D. Lucas Alamán, refiriéndose al Sr. Zumárraga, dice:³ « Se le ha acusado también de que en el exceso de su celo por la propagación de la religión, destruyó con el mayor empeño los manuscritos históricos de los indios; y un escritor burlesco ha dicho, que acostumbrado á ver brujas en Vizcaya, le habían parecido también brujas y encantos los geoglíficos de los aztecas. Según ellos son de extraños y monstruosos, no sería de admirar que los hubiera tenido por tales el buen obispo, y por otra parte, como lo advierte Ternaux-Compans, siendo su objeto la propagación de la religión cristiana, creía necesario quitar de delante todo lo que juzgaba un obstáculo para este fin, y no teniendo entonces idea de la escritura figurada de los mexicanos, *destruyó todos los monumentos de ésta que pudo haber á las manos*, y que tenía por embarazo para sus miras.»

1 Historia antigua. Tom. 1, pág. 247.

2 *Loc. cit.*—Tom. 16, pág. 1.

3 *Loc. cit.* Tom. 2, pág. 182.

El Dr. Servando Teresa de Mier, en su apología, dice:¹ « Ya era tiempo de que los « Sres. Obispos hubiesen escarmentado de su juicio precipitado sobre ellas. (Las pinturas « geroglíficas.) *Al primer Obispo de México se le antojó que todos los manuscritos simbó- « lícos de los indios eran figuras mágicas, hechicerías y demonios; y se hizo un deber reli- « gioso de exterminarlos por sí y por medio de los misioneros, entregando á las llamas to- « das las librerías de los aztecas, de las cuales solo la de Tezcucó, que era su Atenas, se « levantaba tan alta como una montaña cuando de orden de Zumárraga la sacaron á que- « mar. Y como los indios rehacían sus manuscritos ó los escondían para conservar la his- « toria de su nación, se valían los misioneros de niños cristianos, á quienes investían de su « errado celo, para que los robasen á sus padres, y de aquí vino la muerte de los siete ni- « ños tlaxcaltecas reputados mártires. Así causó este Obispo á la nación y á la república « literaria una pérdida tan irreparable como inmensa. »*

« El Sr. Palafox² acabó de destruir todas las estatuas aztecas que había en las calles y « esquinas de México, y nos privó de mucha luz para su historia antigua. A fines del si- « glo XVIII el Obispo de Nicaragua consumió en una hoguera otra porción aún restante « de los manuscritos simbólico-históricos de los indios, con un edicto al canto, en que de- « claraba contenían, errores, impiedades, demonios y delirios; y no había otros, segun « Boturini, que los que contenía la pastoral del Obispo. »

D. Carlos María Bustamante, en una nota á la historia del P. Sahagun, dice:³ « Cuan- « do se escribió la obra del P. Sahagun, dice el Sr. Beristain en su Biblioteca Hispano- « Americana (pág. 91), lo hizo en doce grandes volúmenes en papel de marca, con dibu- « jos preciosos y figuras, segun la escritura simbólica que usaban los mexicanos, obra que « debió haber sido inmortal; pero que habiendo costado al autor muchos disgustos porque « sus celosos compañeros decían que no debían perpetuarse los vestigios de la idolatría, le « fué arrebatada de las manos para el cronista Herrera, á quien le aprovecharon (dice con « gracia Torquemada) lo mismo que las coplas de D. Gayferos; y con razon, pues aquel « español ignoraba absolutamente la lengua mexicana.

« Los mapas con que acompañó dicha obra, eran los comprobantes de ella, estaban for- « mados con la mayor exactitud por los mismos indios testigos sinceros de la conquista, « por los mas sabios Tezucucanos que entónces todavía existían, y probablemente por el ar- « chivero de aquella ciudad, D. Alonso de Ayacatzin; que vió quemar el gran tesoro que él « custodiaba, y que se lo arrancó el Sr. Obispo Zumárraga para dárselo al fuego como un de- « pósito de nigromancia. Carecemos por tanto de este archivo preciosísimo con el que hoy « podíamos comprobar toda esta historia, etc. »

Todos los autores que he citado no son igualmente dignos de la misma estimación co- mo historiadores: pueden ser tachados de copiantes ó apasionados en sus escritos; pero además de ellos tenemos autoridades tan respetables como Torquemada, Ixtlilxochitl y Dávila Padilla, que señalan al Sr. Zumárraga como perseguidor de antigüedades, y sa- bios como Humboldt, que admiten que dicho señor emprendió destruir todo lo que tenía

1 Biografía del benemérito mexicano D. Servando Teresa de Mier, escrita por José Eleuterio Gonzalez. Monterey, 1876, pág. 39.

2 No fué este señor sino el arzobispo Fr. García de Santa María Mendoza. Véase la pág. 11 de estos Anales.

3 Historia general del P. Sahagun, con notas y suplementos de D. Carlos María Bustamante. México, 1829. Tom. I, pág. 350.

*relacion con el culto, la historia y las antigüedades de los pueblos indígenas de América.*¹

Entre los misioneros que han restaurado con sus trabajos nuestra historia antigua, debe contarse el P. Fr. Juan de Torquemada. Como más docto y á propósito entre todos sus compañeros, *le fué ordenado* por el Comisario general de Indias en España que escribiese la historia de México, *recomendándole se fijase en la verdad de las crónicas anteriores, y « con mucha particularidad en la vida de los misioneros y en el modo que los Religiosos y « Ministros tuvieron en el principio de aquellas conversiones.»*² No es creíble que el elegido como más docto y erudito, el Tito Livio de nuestra historia como se le llama generalmente, lanzara una calumnia contra un Prelado de su misma Orden y tratándose de un hecho público que tanto llamó la atención. Llegado al país hácia mediados del siglo XVI, pudo recoger de la generacion conquistadora la narracion de los acontecimientos; como hombre honrado, su carácter jura por él, segun el dicho de Labruyère, y si á esto añadimos que escribió su historia *por orden* expresa del superior y con especial recomendacion de averiguar los hechos de los misioneros, no encontraremos objecion posible que hacerle. Su « Monarquía Indiana » tiene defectos en cronología; pero no sabemos que se le haya hecho el cargo de adulterar los hechos de la Conquista: tal vez la misma orden que recibió para decir verdad, explique por qué la dice tan lisa y llanamente aun tratándose de los arzobispos Zumárraga y García de Santa María, de quienes no hablan otros religiosos historiadores, al tratar de la destruccion de los monumentos indios.

Refiriéndose á los señores de Atzacaputzalco, dice:³ « cuias Historias, y Años « de su Reinado, y Gobierno, han faltado y perecido, ó porque los Indios Antiguos escondieron estos Papeles, porque no se los quitasen los Españoles, cuando les entraron la Ciudad, y Tierras, y se quedaron perdidos, por muerte de los que los escondieron, ó por que « los religiosos, y Obispo primero Don Juan de Cumarraga, los quemaron, con otros muchos, de mucha importancia, para saber las cosas Antiguas de esta Tierra, porque como « todas ellas eran Figuras y Carácterés, que representaban Animales Racionales, y Irracionales, Iervas, Arboles, Piedras, Montes, Aguas, Sierras, y otras cosas á este tono, « entendieron que era demostracion de supersticiosa idolatría; y así quemaron todos cuantos pudieron aver á las manos, que á no aver sido diligentes algunos Indios Curiosos, en « esconder parte de estos Papeles, y Historias, no huviera aora de ellos, aun la noticia que « tenemos. »

Hablando de la Corte de los reyes indios, dice en otro lugar:⁴ « Otro Señor tenia á su « cargo todas las cosas, que se escribian á manera de Historias, y cuidaba mucho de los « Coronistas, que á su modo y en pintura, los historiaban, notando el Día, el Mes y el « Año, como todas las Naciones de el Mundo, que han tenido curiosidad en esto. En estas « ponian los hechos y Batallas, las Genealogías de los Reies, y cosas notables de la República, y todo andaba por mucha cuenta y orden, aunque por haberse quemado estos Libros, al principio de la conversion (porque entendieron los Ministros, que los quemaron, « que eran cosas supersticiosas é idolátricas) no ha quedado para aora, muy averiguado « todo lo que ellos hicieron, y tiempo que poseieron estas Tierras; y lo que en estos Libros

1 Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América, por Alejandro de Humboldt. Paris, 1813, pág. 26.

2 Monarquía indiana, por Fr. Juan de Torquemada. Madrid, 1723. Carta ántes del Prólogo. T. I.

3 Monarquía indiana. Tom. 1, pág. 253.

4 Ubi supra. Tom. 2, pág. 544.

«decimos, es sacado de algunos fragmentos, que quedaron, y de un libro que se halló en-
«tero, en poder de un Señor Tezcucano, Nieto del Rei Neçahualpilli, llamado D. Antonio
«Pimentel, que fué hombre muy curioso en estas, y otras cosas.»

Fernando de Alva Ixtlilxochitl, reputado como una de las primeras autoridades tratán-
dose de los sucesos de la Conquista, floreció á principios del siglo XVI. Descendiente en
línea recta de los reyes de Tezcucó, versadísimo en las antigüedades de su patria, por cuyo
motivo desempeñó el cargo de intérprete del vireynato, escribió, por encargo del virey,
varias obras sobre historia antigua. En su «Historia chichimeca,» describiendo la resi-
dencia de Nezahualcoyotl en Tezcutzingo, dice:¹ «Estaba en él (en un estanque) una peña
«esculpida en ella en circunferencia los años desde que habia nacido el rey Nezahualco-
«yotzin hasta la edad de aquel tiempo; y por la parte de afuera, los años en fin de cada uno
«de ellos, así mismó esculpidas las cosas mas memorables que hizo; y por dentro de la rueda
«sus armas, que eran una casa, que estaba ardiendo en llamas, y deshaciéndose, otra que
«estaba muy ennoblecida de edificios; y en medio de las dos un pie de venado, atada en él
«una piedra preciosa, y salian del pie unos penachos de plumas preciosas, y asimismo una
«cierva, y en ella un brazo asido de un arco con unas flechas, y como un hombre armado
«con su morrion y oregeras, coselete y dos tigres á los lados de cuyas bocas salian agua y
«fuego, y por orla doce cabezas de reyes y señores, y otras cosas que *el primer Arzobispo*
«*de México, D. Fr. Juan de Zumárraga, mandó hacer pedazos, entendiendo ser algunos*
«*ídolos; y todo lo referido era la etimología de sus armas.»*

El texto de Ixtlilxochitl es precioso para nuestro intento, porque con su reconocida ins-
trucccion en la escritura geroglífica de los Indios, nos enseña que el Sr. Zumárraga mandó
destruir, confundiéndolos con ídolos, caractéres que conservaban una parte de la historia
Acolhua.

Dávila Padilla, escritor del siglo XVI, cronista real de América y Arzobispo de Sto.
Domingo, cita tambien el nombre del primer Obispo de México persiguiendo antigüeda-
des en compañía del P. Betanzos, y sus destrucciones las califica de guerra que le hacian
al demonio.² No es esto todo; existe un documento irrefutable, y es la confesion del hecho
salida del puño del mismo Sr. Zumárraga. Escribiendo en 1531 al Capítulo general de su
Orden en Tolosa, dice textualmente:³ «*Sabed que andamos muy ocupados con grandes y*
«*continuos trabajos en la conversion de los infieles, de los cuales (por la gracia de Dios)*
«*por manos de nuestros religiosos de la Orden de nuestro seráfico padre Sn. Francisco de*
«*la regular observancia, se han bautizado mas de un millon de personas, quinientos tem-*
«*plos de ídolos derribados por tierra, y mas de veinte mil figuras de demonios que adora-*
«*ban, han sido hechas pedazos y quemadas, etc.»*

Será necesario hacer un estudio detenido de esta carta para fijar su sentido. El plural
andamos, que usa aquí el Sr. Zumárraga, indica que él tambien tenia participio en esta des-
trucccion de templos y de figuras de demonios; de no ser así, usaria la tercera persona y
escribiria *andan ocupados*, etc. Tampoco es probable que personalmente y con sus propias
manos, rompiera ó quemara; pero para la responsabilidad que le corresponde como pre-
lado ó gefe eclesiástico, tratándose de un hecho relativo al culto, y llevado á cabo colec-

1 Coleccion Ternaux-Compans y Ms. en poder del Sr. D. Manuel Orozco y Berra.

2 Historia de la fundacion y Provincia de Santiago de México. Cap. LXXXI.

3 Historia eclesiástica indiana, por el P. Mendieta. Edicion del Sr. D. Joaquin García Izcaltal-
céta. Pág. 637.

tivamente con intencion de abolir la idolatría, basta que lo ordenase ó consintiese, presentándolo al capítulo como un acto meritorio.

Los textos de esta carta, castellanos ó latinos, encontrados en diferentes obras están conformes en la parte esencial: *se derribaron muchos templos, se destruyeron y quemaron miles de figuras de demonios*; haciendo poco al caso ligeras variantes, tratándose de números que indican solamente multitud, y que no pueden tomarse al pié de la letra. No ocurrirémos á los textos bíblicos, ni á los clásicos latinos, para averiguar si *figura* puede tomarse en el sentido de *imago, simulacrum*: desde luego admitimos que aquella palabra debe entenderse por representacion de una falsa deidad á quien se tributa adoracion, por ídolo; pero justamente, lo que lamentan los historiadores es, que los misioneros tomasen por objetos de idolatría asuntos tan diferentes como los históricos. El Dr. Mier, dice:¹ « Los españoles y misioneros empeñados en no ver sino al diablo aun en las cruces, todo lo en-
« diablaron sin escrúpulo; y recogiendo los ritos y creencias de las diferentes provincias, y
« por haber quemado las bibliotecas, informándose del vulgo necio, que entre los católicos
« daría tambien de nuestra creencia una relacion endiablada, hicieron una pepitoria in-
« soportable. Desde que los Españoles llegaron á Nueva España, y se vieron incensar, y
« llamar *teotli* ó *teutli*, dieron en que los tenían por dioses, y oyendo esta palabra los mi-
« sioneros aplicada hasta los montes, todo se les volvió dioses y diosas. »

Una vez concedido que aquellos padres antiguos entendieron no destruir más que ídolos, y nada más, atendiendo á las pruebas que suministra la historia, hallarémos repetidos testimonios de que destruyeron á la vez manuscritos y documentos de suma importancia. Ya vimos, segun el testimonio de Ixtlixochitl, lo que tomaba por ídolos el Sr. Zumárraga, cuando en Tetzeotzingo mandó romper los geroglíficos en piedra, relativos á la historia del gran rey Netzahualcoyotl; y el primero entre los frailes franciscanos que lamentó tal destruccion, fué el P. Sahagun, autor contemporáneo (1529), que vivió sesenta años empleado en la instruccion de los indios y en el estudio de sus antigüedades. Este testigo ocular, autoridad de primera nota en los asuntos de la Conquista y de una virtud y veracidad intachables, dice á la letra:² « Estas gentes (los indios) no tenían letras ni caracteres algu-
« nos, ni sabían leer ni escribir; comunicábanse por imágenes y pinturas, y todas las an-
« tiguayas suyas y libros que tenían de ellas estaban pintadas con figuras é imágenes de
« tal manera, que sabían y tenían memorias de las cosas que sus antepasados habían he-
« cho y dejado en sus anales, por más de mil años atrás ántes que viniesen los españoles á
« esta tierra. De estos libros y escrituras los más de ellos se quemaron al tiempo que se des-
« truyeron las otras idolatrías; pero no dejaron de quedar muchas escondidas que las he-
« mos visto, y aun ahora se guardan, por donde hemos entendido sus antiguallas. »

Otra autoridad no ménos digna de estimacion, es la de Fr. Diego Durán. Tambien contemporáneo de los conquistadores, vivió setenta años entre los indios, y escribió la historia de ellos en los años corridos de 1579 á 1581. « No ignoro, dice,³ el escesivo trabajo
« que será relatar crónica y historia tan antiguas, especialmente tomándolas tan de atrás,
« porque allende de auer los Religiosos antiguos quemado los libros y escrituras y hauerse

1 Disertacion del Dr. Servando de Teresa y Mier sobre la predicacion del apóstol Sto. Tomás en América. Historia del P. Sahagun, con notas y suplementos, por D. Carlos M.º Bustamante. Tom. 1, pág. XXVI.

2 Historia general. Tom. III, pág. 80.

3 Historia de las Indias de Nueva-España é islas de tierra firme, por el P. Fr. Diego Durán, religioso de la Orden de Predicadores. México, 1867. Tom. I, pág. 17.

« *perdido todas*, faltan ya los viejos antiguos que podrian ser autores de esta escritura, y « hablar de la fundacion y cimiento de esta tierra, de los cuales habia yo de tomar el intento de sus antigüedades. »

Vimos ya, por el texto del P. Acosta, la quemazon de lo que podemos llamar la Historia Natural y Calendarios indios, verificada por un párroco: aunque el autor sea por lo general copiante del P. Durán, el hecho no lo refiere éste en su historia.

A su vez el P. Motolinía, el *varon santo y cuidadoso en conservar la memoria de las cosas antiguas*, se expresa en estos términos: ¹ « Tenian (los indios) por dioses al fuego, al aire, y al agua, y á la tierra, y de estos sus figuras pintadas; y de muchos de sus demonios « tenian rodela, y en ellas pintadas las figuras y armas de sus demonios con su blason. « *De otras muchas cosas tenian figuras é ídolos de bullo y de pincel*, hasta de las mariposas, pulgas y langostas, grandes y bien labradas. *Acabados de destruir estos ídolos públicos*, dieron (los religiosos) tras los que estaban encerrados en los piés de las cruces, como en cárcel, porque el demonio no podia estar cabe la cruz sin padecer gran tormento, « *y á todos los destruyeron.* »

Del estudio y comparacion de estos pasajes, tomados de las obras de los mismos misioneros, se desprende con toda evidencia y sin dejar en el ánimo la más ligera duda, que la palabra *quemados*, de la carta del Sr. Zumárraga, se aplica á los libros ó escrituras de los indios, que ellos tomaron por ídolos ú objetos de adoracion por no tener conocimiento de su escritura geroglífica; pero sin negar por esto que la misma palabra es aplicable á las vestiduras con que ataviaban sus ídolos, á estos mismos cuando eran de madera, y á los de papel ² que tambien tenian y á quienes ciertamente adoraban. Herrera, el cronista mayor de las Indias, dice: ³ « tenian (los mexicanos) mucha curiosidad en hacer ídolos, *i pinturas de diversas formas, i las adoraban por Dioses.* » i tambien tenian memoria de sus « grandezas, en Cantares, i pinturas, muchas de las cuales, por ignorancia, mandaron « quemar los primeros nuestros religiosos, aunque con celo católico, entendiendo, que eran « libros de idolatrías. »

Siendo esto así, ya se explica por qué el primer obispo no distingue en su carta las historias de los ídolos: confundió las unas con las otras, como la mayor parte de los misioneros; aunque algunos de ellos, dedicándose al estudio de aquellas, conocieron y lamentaron más tarde tal error. Ni es de extrañarse que el Sr. Zumárraga no hiciese la debida distincion en estas materias, cuando vemos que el P. Sahagun, despues de muchos años de aplicacion y de repetidas consultas con los indios entendidos, condena al fuego el calendario ó cuenta de la luna, llamado *Metztlapohualli*, por tener señaladas en él sus festividades. ⁴

Se ha querido objetar que las palabras *se podrecian*, que usan algunos misioneros, tratándose de los objetos que enterraban, para quitarlos de la vista de los indios recién convertidos, deben aplicarse á ídolos de palo y no á manuscritos; pero las últimas experiencias científicas hechas en los Estados Unidos, nos enseñan que el cedro enterrado, aun en lugares húmedos, dura algunos centenares de años sin podrirse, y por otra parte, los indios hacían sus ídolos de esta madera por la estimacion en que la tenian y por tenerla tan á las

¹ Documentos para la historia de México, publicados por Joaquin García Icazbalceta. México, 1858. Mendieta, pág. 34.

² Mendieta, págs. 94 y 146. Sahagun. Tomo 1, pág. 214.

³ Descripción de las Indias occidentales, de Antonio de Herrera, Coronista mayor de S. M. de las Indias, y su Coronista de Castilla. Madrid, 1730. Tom. 1, pág. 162; y tom. 2, pág. 67.

⁴ Historia general, tom. 1, pág. 338.

manos. Dos ídolos de madera que posee el Museo Nacional, fueron encontrados hace poco tiempo en una excavación practicada en el pueblo de Nonoalco; y á pesar del mucho tiempo que debieron permanecer allí, no están todavía *podridos*. No es probable, por los motivos expuestos, que lo que *vió podrirse* Motolinía fuesen ídolos de madera. Además, Dávila Padilla¹ refiere que un religioso vió enterrado en un pueblo un gran ídolo de papel adornado con rosas, plumas é idolillos y untado con sangre humana. ¿No serían más bien las pinturas de que hablan los historiadores y que fueron tomadas por ídolos?

A falta de mejores razones se ha dicho también, que el Sr. Zumárraga introdujo la imprenta en México, y que no es creíble que un hombre que tanto comprendía el valor de la expresión del pensamiento humano, hubiese destruido los monumentos que nos legaron los aborígenes de nuestro suelo.

Se olvida, discurrendo así, que la disculpa del Sr. Zumárraga y de los misioneros en general, estriba en que no supieron lo que hacían por falta de conocimientos especiales. También el P. Gante era muy ilustrado, y como vimos anteriormente, pasaba los días festivos destruyendo templos y quebrando ídolos.

*
* *

Admitamos por un momento (dando tormento á la carta del Sr. Zumárraga y despreciando las pruebas históricas aducidas) que realmente solo ídolos destruyese el obispo y no manuscritos; aún así habría motivo para decir que nos privó de monumentos de suma importancia. El estudio de las falsas deidades que adoraban los mexicanos es interesante bajo todos aspectos: su mitología, como la de todos los pueblos, se encuentra íntimamente ligada con la historia; su religión, dándonos á conocer su carácter é inclinaciones, nos señala el grado de su civilización; las comparaciones de sus usos religiosos y teogonías con las de otros pueblos, serán muy útiles para el conocimiento exacto y definitivo de su procedencia. No se debe, pues, ver con indiferencia nada de lo que pueda conducirnos á este objeto, y los ídolos aztecas, aún los que á primera vista parecen despreciables, entran en esta categoría.

Afortunadamente no todos fueron destruidos: el asilo de los muertos fué un lugar que pudo escapar á las diligentes investigaciones de los misioneros: de los sepulcros antiguos se extraen muchos adornos, vasijas, amuletos, y gran cantidad de pequeños ídolos caseros ó penates. Ya el Sr. Gondra² había manifestado el provecho que resultaría del estudio de estas esculturas, pues examinando una gran colección como la del Museo Nacional, se encuentra una representación fiel de sus trages, armas, costumbres, tradiciones, templos, etc. En una de ellas encontró el mismo Sr. Gondra³ una notable semejanza con el estilo egipcio; la cabeza y su adorno son una copia de los capiteles del templo de Isis en Dendera, y de su cuello pende un objeto muy parecido á la *tau* griega. En un túmulo, de los que se conocen en nuestro país con el nombre de *tetatl*, fué encontrado hace pocos años un idolillo de roca diorítica y de 24 milímetros de altura. Tan pequeño como es y tan insignificante á primera vista, su exámen detenido ha sugerido al Sr. Mendoza la idea de presentarlo como un indicio de antiguas comunicaciones con el Asia. Otro ídolo de barro confirma en su opinión las tradiciones japonesas.⁴ Es sabido que las obras de platería de los aztecas eran tan per-

1 Vária historia de la Nueva España y Florida. Valladolid, 1634, Libro 2, pág. 638.

2 Véase el tomo 3 de la obra de Prescott. Edición de I. Cumplido.

3 Colección de antigüedades mexicanas. México, 1827.

4 Véase la pág. 39 de estos Anales.

fectas y acabadas, que causaron la admiracion de los conquistadores, quienes unánimemente declararon, que eran muy superiores á las europeas. La codicia hizo que se sacrificara el arte al valor material y casi se perdiese, pues lo muy poco que queda es de escaso mérito. Nuestro compañero el Sr. Bárcena practicó una análisis de uno de los dos ídolos de oro que posee el Museo, el de Quetzalcohuatl encontrado en Papantla, y encontró una liga especial, cuyo conocimiento puede dar alguna luz sobre la metalúrgia entre los aztecas.

El Sr. Orozco y Berra ve la tradicion de la desaparicion de Quetzalcohuatl de América, en una figura de barro que representa un hombre de larga barba recostado sobre una especie de manto. Por último, la forma de sus templos, descrita y dibujada de tan diversos modos en los libros antiguos, se halla representada en pequeños modelos auténticos; se nota el ídolo á quien estaban dedicados, la piedra del sacrificio con su forma y en el lugar que le corresponde, y las gradas que conducen á su cima por uno solo de los lados de la pirámide.

Estos ejemplos y otros mil que podria referir, prueban que estos idolillos no deben despreciarse, pues un estudio profundo de ellos será muy instructivo, y por consiguiente no es indiferente su destruccion.

Pasando de aquí al estudio de sus divinidades mayores, crece de punto el interés que inspiran y la enseñanza que proporcionan. « *Aun en esto, dice Clavigero,¹ tenemos que deplorar el celo del primer Obispo de México y de los primeros predicadores del Evangelio, pues por no dejar á los neófitos ningun incentivo de idolatría, nos privaron de muchos preciosos monumentos de la escultura de los mexicanos.* Los cimientos de la primera iglesia que se construyó en México se componian de fragmentos de ídolos, y tantas fueron las estatuas que se destrozaron con aquel objeto, que habiendo abundado tanto en aquel país, apenas se hallan algunas pocas en el día, aun despues de la mas laboriosa investigacion. La conducta de aquellos buenos religiosos, fué sumamente loable, ora se considere el motivo, ora los efectos que produjo: mejor hubiera sido, sin embargo, preservar las estatuas inocentes, de la ruina total de los simulacros gentílicos, y aun poner en reserva algunas de estas, en sitios en que no hubieran podido servir de tropiezo á la conciencia de los recién convertidos.»

Cuando se han hecho excavaciones en el terreno que ocupa esta ciudad y muy particularmente en la Plaza mayor, se han encontrado algunos de estos grandes ídolos; pero casi todos están más ó ménos mutilados: algunas veces, aunque muy raras, están íntegros, en casi todos se encuentra huella de una destruccion comenzada, y numerosos y dispersos fragmentos dan señales evidentes de la devastacion empeñada contra estas reliquias de la antigüedad.

Las personas afectas á la Arqueología esperan con avidez un hallazgo feliz, porque anexas á la falsa deidad de los indios se encuentran en su escritura geroglífica, noticias preciosas que en vano se buscarian en otra parte, y que sirven para rectificar tantas apreciaciones equívocas que nos han sido trasmitidas.

Para mi intento bastará llamar la atencion sobre los monumentos conocidos generalmente con los nombres de « Calendario azteca » y « Piedra de los sacrificios. » Encontrados casualmente al hacer la nivelacion y empedrado de la Plaza Mayor en el año de 1790, fueron objeto de un notable estudio hecho por nuestro sabio anticuario Gama.² Su descripción histórica y cronológica de estos y otros monumentos, á pesar de los errores que pueda contener, ha derramado, segun la expresion de Humboldt, un torrente de luz sobre la antigüedad indiana. Efectivamente, en el « Calendario » se ve marcado el conocimiento que estas naciones tuvieron en la mecánica, geometría, astronomía y cronología; nos

1 Loc. cit. Tom. 1, pág. 372.

2 Descripción histórica y cronológica de las dos piedras, etc. México, 1832.

señala sus épocas cosmogónicas, y « encierra los más grandes misterios de la ciencia nahoa. »¹

Gama, citando un escrito que opina ser de Cristóbal del Castillo, dice que en él se expresa lo siguiente:² « decían que era signo del sol, y le tenían en mucho los Señores, por-
« que le tenían por su signo, y le mataban codornices, y poníanle lumbre y incienso delan-
« te de la estatua del sol, y les vestían un plumaje, que se llama *Quetzaltonameyotl*, y al
« medio día mataban cautivos . . . y todos hacían penitencia, chicos y grandes, y mu-
« geres, y cortaban las orejas, y sacaban sangre á honra del sol, etc. »

« Esta estatua (habla Gama) ante quien se hacían los sacrificios en el día *Nahui Ollin*, es la misma que se ve esculpida en la piedra que vamos á describir. »

El Sr. Chavero, en su ensayo arqueológico sobre el Calendario azteca, dice:³ « Vol-
« viendo á nuestra piedra, hemos visto ya que representa al sol como astro, en la figura
« que la abraza toda y concluye en los rayos L y R. (Refiriéndose á un dibujo de la pie-
« dra.) Bajo esta figura el sol es el astro, el dios, y por eso en la composición geroglífica
« entra con el nombre *Teotl* dios, y con el valor fonético teo, como repetidas veces puede
« verse en el Códice Mendocino. »

Segun lo expuesto, este monumento era un ídolo para los mexicanos y es á la vez in-
apreciable, porque, segun el mismo Sr. Chavero,⁴ « no hay ninguno de la antigüedad en
que se encuentre tanta ciencia y maravilla como en éste. »

La « Piedra de los sacrificios » como se le llama generalmente, ó sea el *Cuaruhticalli* de
Tizoc, tenía, segun la autorizada opinion del Sr. Orozco y Berra,⁵ « el doble carácter de
religioso é histórico: monumento votivo por estar consagrado al sol, era al mismo tiempo
una página de los anales de los mexicanos, el compendio de las hazañas del monarca su
constructor. » El P. Durán, describe minuciosamente el sacrificio que se hacía sobre esta
piedra en ciertas épocas del año,⁶ y el Sr. D. Fernando Ramirez dice que nos conserva
noticias históricas que no se encuentran en ningun libro impreso ni manuscrito.

Nada más creo deber añadir, porque supongo que con lo dicho no puede caber duda so-
bre la importancia de estos objetos. Su pérdida ha sido tan sensible como la de las pin-
turas geroglíficas, y los que creen salvar al Sr. Zumárraga juzgando de poca importan-
cia su destruccion, seguramente no han meditado en la grande utilidad que resultaria de
su estudio.

*
*
*

No he presentado una demostracion geométrica de las proposiciones asentadas al prin-
cipio, por ser esto imposible en la materia; pero si las razones ó motivos de credibilidad que
he expuesto colman la conviccion, ¿qué importan las objeciones? No busquemos la verdad
en los impulsos del corazón, porque nuestros deseos nos conducirán al error. Contra tex-
tos tan expresos y autoridades tan respetables, no tienen valor los efigios y las sutilezas.
Si no se presta oído á la razon, ni se da crédito á historiadores que ciertamente no tuvieron
motivo para engañarnos, rómpase de una vez la historia, diciendo con el Apóstol: « No
creeré hasta que lo vea, y lo palpe por mí mismo. »

Jesús Sanchez.

1 Calendario azteca, por Alfredo Chavero. México, 1876.

2 Loc. cit. 1ª Parte, pág. 91.

3 Loc. cit. 1ª Parte, pág. 91.

4 Página 27.

5 Véase la pág. 15.

6 Historia de las Indias, etc. 2ª parte, Ms.